

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Director: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:
Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

"Este precepto os doy: Amáos los unos a los otros como Yo os he amado."

Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Calle de Dindurra, 2, pral., izqda.

La edad de hierro

Conocí al anciano.

Era el gran testigo. ¡Dios mío! sin religión, de una época, por cierto, sepultada ya en las sombras del olvido.

Estuvo en la batalla del 70, en Tonkín... Madagascar... En todas partes derramó algo de su sangre por Francia y por la humanidad.

Hasta soñó con volver a tomar parte en la gran guerra; pero cuando se presentó ante las autoridades, éstas le despidieron con simpatía diciéndole que era imposible dada su edad.

Volvió muy triste a su casa y la serie de las calamidades, comenzó.

Llegaron los achaques de la vejez y con los achaques las pruebas: murió su mujer. su capitalito lo poseía en títulos rusos, el amo de la casa lo despidió.

Aterrizó por fin en casa de su hija, de estilo muy a la moderna, casada civilmente, con el yerno del mismo estilo. Y se le recibió, porque veían que ganaba.

Era de estatura alta, y su cuerpo aunque delgado era útil y así llegó a ser conductor de un coche fúnebre de 1.ª clase ganando 400 francos al mes y su hija, a pesar de estar las subsistencias por las nubes, hacía economías.

Estas economías eran su tabla de salvación.

Un día el anciano tuvo una congestión cayendo del pescante, pero su armazón era sólido y no murió, y así se dedicó a abrir y cerrar las puertas de un hotel, como introductor de huéspedes...

La mala suerte le seguía por doquier; se dedicó a la venta de periódicos, se le caían de las manos... quiso en fin dedicarse a fabricar sobres de publicidad y su pulso le faltaba.

Y una tarde de Octubre volvió llorando a casa de su hija... triste al ver que para nada valía.

Desde entonces, se suceden una en pos de otra toda clase de calamidades. Desprecios por parte del yerno, desprecios por parte de su propia hija.

Creía el pobre que se le iba a cuidar, en una época en que todo cuesta tanto y en la que el egoísmo reina en todas partes.

Se le arrojaba la comida como a un perro, se le vigilaba mientras comía, humildemente en un rincón comía con apetito, pues aunque las piernas no le respondían, el molino del estómago funcionaba bien.

—Ya has comido bastante... hay que dejar para la noche...

Veía que le miraban con mala cara... que le espiaban... y hasta llegaban a llevar cuenta de lo que comía...

...¡Hay derecho a vivir cuando uno no produce...? En los tiempos cuaternarios cuando el anciano no podía luchar contra el oso o destrozarse al reno, él mismo se abría su fosa y mandaba que le quitasen la vida.

Habían visto representar esta escena la pasada semana, en el teatro; y hoy mismo la pensaban volver a ver, una obra en verso; que con toda crudeza decía la verdad... pero el comilón no tendría ese valor...

El anciano escuchaba... y se fué a llorar desconsolado al pasillo.

Precisamente por permanecer silencioso se crecen en sus injurias y malos tratos.

Una tarde, después de una viva discusión, su hija se encaró con él, cruza los brazos y le dice:

—Pero vamos a ver, piensas que esta situación va a durar mucho?... siempre estás en tus trece; has decidido echarnos a perder a los tres...? No tendrás el valor de arrojarte de una vez en el canal...?

Es muy duro habiendo sido soldado y poseyendo unas cuantas condecoraciones, oír que uno no tiene valor...

Salió, con el firme propósito de mostrarles que aun lo tenía; marchó lentamente una tarde de verano, hacia el siniestro canal y a su paso contemplaba la alegría bullanguera de los que sin ningún cuidado se hallaban en los veladores o frente a los cines esperando la entrada.

Todos ellos disponían de dinero...

Su hora no les había llegado...

La suya había sonado...

¡Qué horror!

Y aunque caminaba lentamente, muy lentamente llegó al canal.

Pero el canal era tan siniestro; el agua le pareció tan oscura, que el pobre anciano comenzó a temblar y se volvió.

Y la obsesión le persigue de día en día envenenando su existencia.

Cada mañana, cuando desciende dificultosamente la escalera, unas veces la hija, otras el yerno le apostrofan.

—Ya estás otra vez aquí, no te has reventado aun!...

Le muestran a los vecinos.

—Mirad a ese holgazán... y ha sido soldado... y no tiene el valor de arrojarse... al canal!

El anciano jamás pisa la iglesia ni se

preocupó de la educación de su hija. A los veinte años elegirá... El viejo se siente desesperado, no sabe mirar al cielo.

Y como un día, en que le trató con más dureza que de costumbre, permanecía sentado con gruesas lágrimas en sus ojos, su nieta una picarilla morena, se le acercó y con su lengua, que debía de ser la de un ángel, le dice:

—Es verdad abuelito que eres tan holgazán que ni siquiera tienes el valor de arrojarte al canal!...

El anciano abriendo desmesuradamente sus tristes ojos y fijando su mirada en la nieta...

—Pero, también tú, te atreves a decirme eso? y tu madre y tu padre y todo el mundo! Entonces se levantó y salió.

Y fué todo lo contrario del día anterior. La lluvia monótona y pertinaz caía envolviendo en un sudario de melancolía y tristeza aquel pobre barrio obrero.

Durante una hora mortal va recorriendo la orilla del canal, el canal lúgubre con su agua muerta y fría...

Me arrojare...? me volveré...? vamos, decídete, se dice el desgraciado anciano... y levantando sus brazos y cerrando los ojos se dejó caer...

Al día siguiente llevaron el cadáver a su casa.

En sus bolsillos hallaron la cartilla militar con magníficas citaciones en las que se decía entre otros hechos de armas que en Reichshoffen, estando herido él, condujo a su brigadier en la silla de su propio caballo...

—Era un héroe... decía el alguacil del barrio a sus compañeros.

Y aun hasta el mismo héroe fué mal recibido.

—Ya está otra vez aquí... refunfuñaba el yerno al ver a los agentes de policía que escoltaban la camilla en la que yacía húmedo aun, el cadáver del desgraciado anciano.

—Sí, ya está aquí, pero es por última vez, dijo su mujer.

—Y yo soy la que le dije que se arrojara al canal, añadió la nieta.

Se le enterró civilmente, a cuenta de la Beneficencia, con rapidez, con una corona de 3'75 francos en la que se leía ¡oh ironía! «Amarte siempre, olvidarte jamás».

Por la noche, libres por completo, fué toda la familia al cine para distraerse.

Y esto ha sucedido durante una semana de Navidad, cuando en los escaparates se exponen formando simpáticos anacronismos

las cunitas con el Niño Jesús, el buey y la vaca... en los días en que las familias cristianas buscan con cariño los juguetes ansiados para sus hijitos... y durante los días en que nuestra cariñosa Madre la Iglesia celebra la venida de Aquel que ha dicho: «Amaos los unos a los otros» y fuera del cual no hay más que dudas, zozobras, abismos y el retorno a la barbarie.

PIERRE L'ERMITE

Tiempos de revolución son tiempos de esperanza

Los pueblos, al igual que los individuos, tienen en el desarrollo de su vida distintas fases o aspectos prósperos o decadentes, consecuencia lógica de las tendencias en que se haya ido desenvolviendo su temperamento.

A veces, esplendores de gloria iluminan las páginas de la historia de una nación, irradiando prosperidades y engrandecimientos; otras crisis más o menos violentas en el orden económico, y sobre todo, en el orden moral, la contraen o debilitan, desequilibrando el justo orden de las cosas.

En el primero de los casos, es el resultante natural del cultivo de las virtudes cívicas internas o externas, individuales o colectivas, fuente perenne de energía y de valor; en el segundo se debe a los abusos morales, a pervertidas ideas toleradas, que engendran las revoluciones.

Porque las revoluciones no son más que la violenta explosión de esas ideas puestas en práctica, y que trastornan los cimientos de la civilización y la justicia. «Las revoluciones son como muy bien ha escrito Ricardo León en su obra «Bajo el yugo de los bárbaros», el zarpazo de la bestia humana, el estallido de las pasiones viles, el triunfo de la fuerza bruta. Aún las que tuvieron por ideal «los derechos del hombre» y por diosa «la razón», fueron irrazonables e inhumanas. Empezaron por embestirlo todo a sangre y fuego, para acabar por devorarse a sí mismas y postular un dictador. Todas las revoluciones son esto: el público desfogue de la chusma, la exhibición de sus vergüenzas, el desquite de los instintos groseros, frenados antes por el orden, la inteligencia y la cultura...»

Y esto es lo que actualmente ocurre en nuestra Patria. Esta revolución presente, más que de orden político, de índole social, hecha al amparo de la ignorancia de muchos para provecho de unos pocos, no es más que el descubrimiento del mal que roía en las entrañas de su existencia intoxicada, saliendo a la superficie con la violencia de un cráter recién abierto y que pugnaba buscando la salida.

Por eso, al ataque encubierto de antes se sustituye ahora el ataque descarado y concreto a las instituciones más sagradas y seculares en que se cimentan, con la paz y la cultura, la prosperidad y la dignidad humana. Es la labor destructiva y de retroceso de todas las revoluciones que registra el mundo.

Pero no hay que temer; esos ataques viles y subversivos que se infie-

ren a la tradición y a las verdaderas ideas del país no pueden tener duración, porque este movimiento no se ha hecho naturalmente, con las fuerzas sanas de la nación. Ya Baumann escribió: «Las convulsiones pasajeras preparan un nuevo equilibrio; la tradición se templa durante la anarquía.»

Y yo estoy plenamente convencido de que esta agitación pasará, porque estos tiempos son de prueba; es más, son un justo castigo por sus complacencias con doctrinas erróneas, por nuestra tolerancia y concurso en el relajamiento de las buenas costumbres públicas y privadas, por nuestra intemperancia en los deseos...

De este desconcierto político social se ha de sacar algo útil y provechoso. La escuela de la adversidad produce siempre fructíferas lecciones. Por eso Ricardo León, a continuación del párrafo citado, dice: «Claro que las revoluciones, como las guerras, como todo mal, traen aparejado algún bien. Son a veces crisis inevitables del desarrollo de los pueblos, a manera de las enfermedades del desarrollo infantil.»

Por eso la reacción se impondrá; porque las reacciones se imponen siempre cuando el pueblo (en sus diversas escalas sociales) entraña en sí esa fuerza misteriosa que presta la fe y la ecuanimidad de su rectitud en la visión de los problemas esenciales. Será más o menos rápida o lenta, según se caiga más o menos pronto en la cuenta de que al margen de la realidad no puede haber pueblo humano que subsista. Porque tarde o temprano (y cito a Ricardo León) «la realidad se venga inexorable de los que quieren vivir a espaldas de la realidad...»

Y la realidad, de la que se quiere apartar al pueblo, es que España ha sido y sigue siendo católica, y su gloriosa historia anda ligada íntimamente a las suaves doctrinas de Jesucristo.

Por tanto, los derroteros por los que se la quiere hacer seguir fracasarán y van fracasando ruidosamente.

No hay que desmayar; la prueba es dura, pero cuanto más fuerte sea, cuantas más tinieblas se acumulen en el horizonte patrio, llenando de pavor a los espíritus pusilánimes que solo ponen su confianza en las muchas veces fallidas esperanzas humanas, más fácilmente el dedo de Dios las rasgará.

Tras este ensombrecimiento momentáneo, más puro y esplendoroso brillará el sol radiante y vivificador del Catolicismo, el único que posee el secreto de la resurrección y engrandecimiento de España.

Por eso en este artículo puse el epígrafe de «Tiempos de revolución son tiempos de esperanza».

PEDRO CAMPOS.

¡Ha votado un jesuita!

Este jesuita está aún en España. A raíz de la disolución de la Compañía de Jesús pensó que, según la maternal ley republicana, tenía dos caminos a seguir: emigrar o morir. Y optó por quedarse. Esto parece una incongruencia. No obstante...

No creo descubrir ningún secreto al afirmar que han quedado en España algunos jesuitas. Han debido renunciar claro está, a la vida en comunidad. Por eso no han quedado muchos. Apenas los más viejos, o aquellos que tenían familiares muy próximos, o los que ejercían una misión apostólica que, en conciencia, no podían abandonar. Pero han quedado.

Y este jesuita es uno de ellos. Un hombre más bien menudo, despierto, inteligente. Tiene unos lentes de cristales claros, bajo los cuales bullen los ojos vivos, un poco soñadores. Y, sobre todo, tiene una sonrisa indubitablemente irónica. Una sonrisa, sí, lo afirmaré sin escrúpulos, una sonrisa jesuítica. Una sonrisa que revela tan sólo una superioridad manifiesta. Porque ¿cómo ha de sonreír un hombre a quien le arrojan de su casa, donde tiene sentado cátedra de saber y de bondad, sólo por el bien de España? Ha de sonreír con ironía porque no sería correcto que llorara con rabia.

Es el 19 de noviembre de 1933. El jesuita ha abandonado el lugar donde vive. Ha celebrado, con devoción edificante, el Santo Sacrificio de la Misa. Y ahora...

Ahora tiene un papelito doblado en la mano. Este papelito contiene quince nombres. Estos nombres son los candidatos que se presentan a unas elecciones. Yo no sé quienes son esos candidatos. Pero desde luego estoy seguro de que no los encabeza Angel Samblancat ni figura entre ellos Nicolau d'Olwer, ni siquiera Sagarra. Tampoco creo los encabece el señor Companys, aunque se dan casos. Parece que este Companys es en el fondo hombre devoto. Al menos no sé qué he oído hablar yo del quorum...

Todos los síntomas son de que este jesuita que hoy me ocupa va a votar y no a la izquierda precisamente. ¡Es hombre que lo hace siempre a derechas!

Pero debo ponerme serio, muy serio. Lo que voy a narrar es sencillamente trágico, de una honda, intensa, profunda emoción.

El jesuita va a ejercer su deber ciudadano. Y va a ejercerlo precisamente en su casa.

A primera vista esto nada tiene de particular. Debajo del piso que yo habito, existe una carpintería. En esta carpintería se ha instalado un colegio electoral. Y ello ofrece la ventaja de que el dueño de la carpintería tiene la comodidad de votar en zapatillas, si le apetece. Pero...

Esto es muy diferente. Porque la casa del jesuita, su casa, que sigue siendo, como lo es el paraguas del que un caballero se olvida—o se lo roban—en un tranvía, aunque luego lo use un catedrático de Lógica, su casa hace tiempo que no la habita. Un día le echaron de ella y no ha tenido oportunidad de volver.

El jesuita camina en silencio. Conoce la ruta que durante muchos años ha recorrido. Y al pisarla de nuevo, el je-

suíta piensa en muchas cosas. No puede evitarlo.

Piensa que un día—todavía no se ha aclarado bien el motivo—se pusieron de acuerdo los españoles—o un sector considerable de ellos, para ser más justo—en que todas las desdichas de la patria estaban motivadas por los jesuitas. Cuando el jesuita, con sus compañeros, fué arrojado de su casa, pensó, con su poco de sonrisa irónica, que todo iba a cambiar. Y cambió en efecto. No quiero enumerar las desdichas que asolan nuestra patria desde aquella infausta fecha, porque nunca he sentido la tentación de escribir obras del tamaño de la Enciclopedia Espasa. Claro que cabía la excusa de la semilla, del lastre. Pero es que el lastre y la semilla eran mucho peor, por lo visto, que el fruto mismo.

Piensa en muchas cosas más el jesuita cuando entra en la Residencia—así la llamaban—de la calle de Caspe.

El jesuita ha palidecido un poco. No puede disimular su emoción. Está entre aquellos muros, entre aquellas paredes que encerraron un día todas sus glorias y todos sus renunciamientos. ¡Cuántas noches en vela bajo aquellos techos, ensimismado en sus empresas místicas y en sus estudios profundos! ¡Cuántos días consagrados al profesorado y a la formación de jóvenes! ¡Cuánto sacrificio ignorado, cuánta caridad desconocida, cuánta abnegación prodigada! Sólo Dios lo sabe. Sólo Dios y aquellos paredones grises y mudos que, si alguna vez hablaran, cantarían epopeyas gloriosas por ellos contempladas.

Y el jesuita ha depositado su voto.

Luego ha intentado dejar el local. Pero no ha podido más. Un momento, ha creído morir. Un sudor frío le ha

bañado el rostro, y los cristales claros de sus lentes se han empapado con el vaho de las lágrimas. ¡Ha sido demasiado dura la prueba!

La gente le ha rodeado. Le han reconocido. El dolor de aquel rostro sólo podía ser el de un hombre a quien le han profanado su casa.

Ha sido un murmullo el que ha acompañado a la reacción del jesuita, que, sobreponiéndose a la emoción, ha salido, rápido, a la calle. Ha sido un murmullo de la contraprotesta sensata, que empieza a redimir—nunca es tarde cuando llega—pasados yerros.

Y hay voces que dicen:

—Volverán...

El jesuita que huye, dibujando de nuevo su sonrisa irónica, murmura para sus adentros:

—Sí; volveremos. Y nos volverán a echar. Y volveremos de nuevo. ¡Por algo nuestro Padre San Ignacio nos legó, como la fortuna mejor, la promesa de la persecución!...

Y aun llegan a sus oídos las voces desatadas de las bajas pasiones:

—Era un jesuita, ¡Y tendrá valor! Si se les hubiera matado a todos...

Rompen la limpieza de un cielo azul unos nubarrones grises y sucios. Sopla un poco de viento. Aún no brilla el sol de la justicia y de la paz. Pero ya calienta algo. De momento, un jesuita ha entrado en su antigua residencia. Aunque esta entrada le haya mojado de llanto los ojos le haya hecho sangrar las heridas de su corazón...

Antonio Pérez de Olaguer.

(Barcelona)

Si quereis que un hombre dedique su tiempo y sus energias a vuestro negocio, pagadle de modo que no sienta agobios económicos.

Esto da buenos resultados.

MENDIGO DE AMOR

Que vengan los corazones
Que gimen en el dolor;
Yo ansío en mi inmenso amor
Colmarlos de bendiciones.

Soy todo amor y ternura;
Por ellos bajo a este mundo;
¿Dónde un raudal más fecundo
Encontrarán de ventura?

Quiero verles en redor
Y que en mi fuego se inflamen;
Que vengan todos y me amen...
¡Yo soy avaro de amor!

Que se fundan en la llama
Del volcán con que los amo.
¿Quién no vendrá si le llamo?
¿Quién, amándole, no me ama?

¡Que un Dios al extremo llegue
De mendigar el amor
del mísero pecador!...
¡Y aún habrá quien se lo niegue!...

A. de la C. y S.

¡Aquí estoy! ¡Aquí me tenéis!

Año nuevo, vida nueva, suele decirse. Cristiano, si lo fuiste hasta hoy, muy fervoroso procura serlo mucho más en adelante; es necesario, lo exige el tiempo; si fuiste pecador, arrepiéntete y piensa en la eternidad que se te da a cambio de un vivir breve.

Si por el camino de alguna fiesta la fuerte voz del camino de Damasco te llama: ¡Hijo mío, hijo mío! Contesta a tu Señor como en aquel tiempo Saulo: «¡Aquí estoy! ¡Aquí me tenéis!»

Si llamando en la puerta de tu hogar un pobre mendigo, con rostro pálido y lloroso te pide una limosna por amor de Dios, responde: ¡Aquí estoy! ¡Aquí

era su nombre), salió en derechura a la casa del doctor.

—¿Cómo sigue tu hombre?—interrogaba una de las vecinas pocas horas después.

—Cada vez peor. El médico pierde la esperanza y me ha dicho que avise al señor Abad.

—Y debes avisarle.

—¡Mujer! tú no sabes quién es mi marido. Si ve a un Padre a la cabeza, de seguro se asusta y acaba más pronto. Voy a esperar todavía... y si se pone peor, si lo veo en peligro....

Y se empeoró el enfermo, y cuando el peligro era inminente, se llamó a la carrera al señor Abad; pero por muy deprisa que vino, cuando llegó a la casa, ya era tarde; la tía Leocadia era viuda...!

III. Con la puerta en las narices

Dejemos llorar a la tía Leocadia y sigamos a nuestro zapatero, que se encontró cuando menos lo pensaba en la región de la Eternidad, solo y abandonado a sus propias fuerzas.

—¿A dónde me destinarán?—se preguntaba a sí mismo.—¿Al cielo...? Difícilmente. ¿Al infierno...? Creo que no, porque aunque no recibí los últimos

Folleton de RELIGION Y PATRIA (44)

El Tío Atanasio

I. Como éste hay muchos

En un pequeño pueblo de Portugal, bañado por las tranquilas aguas del Tajo, vivía un zapatero que pasaba por hombre ilustrado, quizás por aquello de que «en la tierra de los ciegos el tuerto es rey».

Jamás se sentaba en la banquilla sin haber leído antes de cabo a rabo *O Mundo*, *A Vanguarda*, *A Lucta*, o algún otro periódico de los «de más circulación de Portugal»; y como no se explicaba mal, antes tenía facilidad extraordinaria de palabras para verter las ideas que acababa de adquirir con la dicha lectura, llegó a alcanzar gran prestigio y autoridad entre los numerosos desocupados que, en busca de noticias y para esparcir el ánimo, frecuentaban la tienda.

—Tío Atanasio—le decía uno de éstos—¿qué le pareció anoche el sermón del Abad?

—Regularcillo, regularcillo, respondía él magistralmente, a la vez que mo-

vía la mano como indicando perplejidad.

—¿Qué dice usted de este artículo de *Portugal*?—le interrogaba otro.

—No vale un caracol.

Sin embargo, y en honor de la verdad sea dicho, el Tío Atanasio parecía a primera vista buen cristiano; iba a misa, cumplía con Pascua y no hacía mal a nadie... que se supiese. En fin, era un hombre honrado, según el mundo.

Es verdad que compraba y leía con predilección periódicos malos, no haciendo caso de las predicaciones del Abad, pero, ¿quién le aseguraba a él que estas no eran exageraciones clericales...? Y además, lo que decía él para justificarse: es necesario saber de todo un poco...

II. Muerte repentina

—El tío Atanasio está mal—decía una mañana su mujer a las vecinas.

—¿Qué tiene—interesaban éstas.

—Una fiebre muy grande; ha pasado muy mal toda la noche.

—¿Has llamado al médico?

—Todavía no.

—Llámalo pronto, mujer.

—A eso voy. Y la tía Leocadia (este

me tenéis! Es Dios en su nombre quien implora.

Si en horas de dolor una madre, un amigo, un enemigo tuyo, te suplica... Responde sin vacilar: ¡Aquí estoy! ¡Aquí me tenéis! Dios está siempre muy cerca del triste.

Si dentro de la quietud del Templo un rumor secreto habla a tu corazón: ¡Estoy solo con frecuencia en el Tabernáculo!; responde en el acto: ¡Aquí me tenéis, Señor! Y hazle compañía la más que puedas.

Si deleitándote ante un campo fértil, abundante en fruto, producto del cariño con que se sembró y cuidó, acude a tu mente aquella sublime parábola del Evangelio: «La mies es mucha pero faltan segadores; responde sin vacilaciones de ninguna especie: ¡Aquí estoy! Aquí me tenéis!, y alistate en las filas de acción católica a trabajar como el primero.

Si en el fondo del Copón dorado, la Hostia blanca e inmaculada te dice: Ven y únete Conmigo, no esperes más; dí en seguida: ¡Aquí estoy! Dios en mí y yo en Él.

Si en medio de los olivares y ofreciéndote el cáliz del dolor, Cristo te invita a que bebas de él, bebe y consuela a Cristo, que murió por nuestra salvación.

Si desde el árbol de la cruz el divino Sentenciado, agonizante gime: ¡Simón Cirineo, ¿dónde estás?, ¿dónde estáis, hijas de Sion? Respondedle: ¡Estamos aquí, Señor!

Porque al declinar de nuestra vida, cuando el Divino Maestro llame, diciéndonos: «Entra e ¡goce de tu Señor», podamos seguir respondiéndole: ¡Aquí estoy Señor y Dios mío!, y entremos en su Mansión bienaventurada.

¡Feliz año si en todo él respondemos así a las llamadas de lo Alto!

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. M. S.—S. J. de Nieva.—Noviembre 1933.

De Pola de Lena hemos recibido un G. P. de 15 pesetas. Ignoramos quién remite.

MM. RR.—Manresa.—Recibido su donativo que agradecemos.

Sr. D. R. S.—Laviana.—1933.—Muy agradecidos a su donativo y expresiva carta.

Peluquería de Señoras

DE

María Luisa Rodríguez

Ondulación permanente garantizada — Aparatos Eugene, los más modernos — Cortes de pelo Marcel — Ondas al agua — Peinados — Tintes y Manicura, etc., etc.

SERVICIO ESMERADO

San Bernardo, 75, 1.º — (Frente a la plaza)

Lector amigo, ¿te gusta "RELIGIÓN Y PATRIA"? Después de leído ¡no lo rompas! dalo a leer a otros. Haces una buena acción.

Melchor Osorio

RELOJERIA Y JOYERIA

Pl y Margall, 13 — GIJON

Venta de todos los artículos del Ramo, sin competencia :: Compra de oro, platino y brillantes. Pago todo su valor.

ULTRAMARINOS FINOS

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Capua, 31
GIJON Teléfono 2934

LA

Librería Palacios

Continua liquidando

en

Santa Rosa, n.º 4

—: Gijón :—

DOCUMENTOS de toda clase, logra de altos centros Estado, realiza gestiones, tramita asuntos activamente.

IMPORTANTE: Toda publicación católica, deberá remitir tarifa anuncios económicos número muestra.

Fernando Gil Cala.—Jaén, 7, pral.
MADRID

Imp. LA RECONQUISTA—Gijón

Ferretería Gregorio Alonso (S. A.)—Gijón

Detalle: San Bernardo, 59 y 61
Almacenes: Premio Real y Molino

Telegramas y telefonemas:
GALONSO

Teléfono Detall: 2912
Teléfono Almacén: 2913

Almacenes de Ferretería, Quincalla, Loza y Cristalería: Artículos sanitarios :: Herramientas para Ferrocarriles y Minas.

Doctor EMILIO VILLA

ESPECIALISTA — Electricidad médica
: Enfermedades del Pulmón y Corazón :

Consulta: de 11 a 1 :: San Bernardo, 143 :: Teléfono, 1219 :: GIJON

SIDRA CHAMPAGNE

"ZARRACINA"

Se sirve en todos los establecimientos y hoteles de primer orden, y en los Coches y Restaurants de la Compañía Internacional de Coches-Camas

INDUSTRIAL ZARRACINA (S. A.) — GIJON

LUIS BASURTO
QUÍMICO

Fábrica de Acido Fluorhídrico
Fluoruro de Sodio

Pasta para esmerilar, rápida

Espato-Flour, en piedra y molido

LABORATORIO de análisis minerales e industriales

Príncipe, 16—Apartado 174 :: GIJÓN

Luis Infiesta y Castro

(Antes Acebal, Rato y Comp.ª)

Barrio del Tejedor :: Teléfono 13—28

GIJON

Cocinas sistema BILBAO y de todas clases para carbón y para leña.

Piezas de recambio para las mismas Artículos de hierro fundido, como bajadas de agua, lucernas, columnas, bancos de jardín y cuantos encargos se hagan

Rápida entrega de los pedidos

"La Fama Asturiana"

Se recomienda por sí sólo el chocolate de esta marca.

Pídase en las tiendas de ultramarinos.



FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Teléfono 17-20. — Gijón

SERVICIO PERMANENTE

Frontidad "Esmero" Economía

Francisco Prendes Pando

ABOGADO

SOMIÓ :: GIJON

Doctor Calisto de Rato y Roces

Especialista en enfermedades del sistema nervioso

Cincuenta y seis años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde
Corrida. 63 — Teléf. 400. GIJÓN

El dolor de estómago le impedía trabajar hacia años...



Hoy como de todo, trabajo y he recuperado la alegría de otros tiempos...

Esto dice don Casimiro Florido, de Los Santos de Maimona (Badajoz), Carretera Chica, 4, en la carta que nos ha dirigido relatando la curación definitiva con la CURA N.º 13 DEL ABATE HAMON, de la dolencia del estómago que sufría hacia años. Muchos cientos de curados se expresan en parecidos términos.

LA CURA VEGETAL N.º 13 DEL ABATE HAMON asegura desde el primer día una digestión natural, sin dolor ni molestias y sin necesidad de régimen alimenticio. Es el remedio sano y cómodo que cura todas las dolencias del estómago normalizando las funciones del aparato digestivo. Pésas 8'30 la caja para 90 tazas o un mes. Venta Farmacias, Peligros, 9, Madrid y Ronda de la Universidad, 6, Barcelona.